

Acabaron de consumirse las pocas fuerzas que ya tenia con los ejercicios de su fervor y de su zelo, sintiendo tan seguros preñuncios de su cercana muerte, que fué disponiendo todas sus cosas como si ya se hallase asaltado de la última enfermedad. En fin, al amanecer el viernes 4 de julio de 973 mandó que le echasen sobre una porción de ceniza bendita estendida en el suelo en forma de cruz; despidióse sosegadamente de todos los circunstantes, mandó que le leyesen la recomendacion del alma, y mientras se la leian espiró con admirable tranquilidad, á los ochenta años de edad; cincuenta de obispo, y despues de una vida inocente.

Creció despues de su muerte la opinion de santidad que ya era tan pública en vida por los muchos milagros que obró Dios en su sepultura; los que movieron al papa Juan XV á mandar hacer exactas informaciones de su vida y milagros, despues de las cuales le colocó solemnemente en el catálogo de los santos por una bula publicada en el concilio de Letran el año de 993; y se cree haber sido la primera canonizacion jurídica que se vió en la Iglesia, la cual no usaba antes en ellas tantas formalidades. Elevóse entonces el santo cuerpo de la primera sepultura, y fué colocado con solemnidad en una capilla edificada en honra suya dentro de la iglesia de Sta. Afra, la cual comenzó desde aquel dia á tener la advocacion de nuestro Santo.

#### EL BEATO GASPAR DE BONO, DEL ÓRDEN DE PADRES MÍNIMOS.

NACIÓ Gaspar de Bono á 5 de enero de 1530 en la ciudad de Valencia, en el reino de España, de padres honrados, pero tan pobres de bienes de fortuna, como ricos de cristianas virtudes. Su padre que se llamaba Juan de Bonom, era natural de la villa de S. Lambért, en la provincia de Gascuña, y su madre llamada Isabel Juana Monsó, era natural de la villa de Cervera del mismo reino de Valencia. Ejerció Juan de Bonom en dicha ciudad el oficio de tejedor de lino en su mocedad, y despues en edad mas adelantada el de afilar cuchillos. Criaron estos piadosos padres á nuestro Gaspar en el santo temor de Dios, y él prevenido de copiosas bendiciones de la gracia, ya desde su niñez empezó á dar claros indicios de la elevada santidad á que Dios le tenia predestinado. Era muy obediente á sus padres y muy ajeno de los pueriles entretenimientos. Todas sus delicias eran, ó estar en casa retirado á orar, ó asistir en la iglesia á la santa misa y á otros ejercicios de piedad. Desde aquella primera edad comenzó la devota práctica que continuó por toda su vida; de

implorar cada dia el patrocinio de la Santísima Virgen con la Letania Lauretana, la Salve Regina y otras devotas oraciones: su diversion era juntar otros niños, formar con ellos una procesion y rodear por las calles vecinas cantando Resposos en sufragio de los difuntos y diciendo á trechos en alta voz: *Señor, verdadero Dios, misericordia*. Practicaba Gaspar estos y otros ejercicios de religion con tal modestia y fervor, que causaba asombro á cuantos lo miraban. Sintióse inclinado al estado eclesiástico se aplicó al estudio de la gramática, y no obstante que estudiaba con mucha diligencia para habilitarse para el estado á que Dios le llamaba, su incesante aplicacion nada entibió los ardores de su piedad; de modo, que sus maestros le proponian por modelo á los otros discípulos: á los quince años de su edad concluyó los estudios de la gramática y entonces resolvió consagrarse enteramente á Dios en la sagrada religion de Predicadores. Fué en efecto admitido con gusto por aquellos religiosos al noviciado, y mientras estaba ya para recibir el santo hábito, un cuñado suyo logró la ocasion de hablarle, y supo persuadirlo con tanta energia, que á lo menos por entonces retardase su designio, en atencion al desamparo y miseria grande de sus padres; que el santo jóven no sabiendo resistir á la fuerza de sus razones, se despidió con lágrimas de los padres Dominicos, y se salió del convento en compania de su cuñado.

Restituido á la casa de sus amados padres, no pensó sino en elegir una ocupacion con que pudiese aliviar su pobreza. Con esta mira entró á servir en casa de un comerciante de sedas, y aqui aumentó mucho la mortificacion y penitencia que desde niño habia practicado, con el deseo de imitar la conducta de los Santos, cuyas vidas leia. Comia una sola vez al dia y aun ésta con gran parsimonia, y frecuentemente no tomaba sino pan y agua; su sueño era breve y su oracion casi continua. De la comida que le daban sus amos cercenaba buena porcion de pan y vianda, y la llevaba todos los dias á la casa de sus padres, para que con ella se sustentasen. No conocia ocupacion mas dulce que la de servir á su cieguecita madre y anciano padre, en barrer la casa, componerles la cama, limpiar los platos, prepararles la mesa, y animarles á sufrir con cristiana resignacion las incomodidades de la enfermedad y pobreza, á cuyo fin les leia frecuentemente algun libro espiritual. Continuó el Beato el espresado tenor de vida en casa del buen mercader por cerca de cinco años, y entrando á los veinte de su edad, considerando que siendo como era tardo, balbuciente, y casi de ninguna espedicion en la lengua, podia adelantar poco en el comercio ni en otro empleo,

pensó que en la carrera de las armas haría tal vez mayores progresos; pues que sus fuerzas, robusta salud y proporcionada estatura le prometían algún ascenso.

Con esta mira y disponiéndolo así Dios, cuyos juicios son verdaderamente incomprensibles, tomó plaza de soldado en un regimiento de caballería del ejército del invicto emperador Carlos V con el cual pasó luego á Italia, donde militó por espacio casi de diez años, cumpliendo en todo como cristiano y valeroso soldado. Entre el estrépito de las armas, el libertinaje y los peligros que de ordinario acompañan la profesion militar, conservó el Beato la misma inocencia, pureza de costumbres y fervor de espíritu con que habia vivido, frecuentaba los templos y hospitales y se quitaba el pan de la boca para socorrer á los menesterosos con quienes partía su tenue sueldo. Jamás ninguno de sus camaradas pudo distraerle de sus acostumbrados ejercicios de caridad y religion, ni atraerle por una sola vez á los excesos del juego, del vino y de la intemperancia. Llegado por fin el tiempo en que el Altísimo tenia dispuesto unir á sí con lazos mas estrechos á su fiel siervo, permitió que siendo Gaspar destacado con una corta partida para observar á los enemigos, fuese de estos atacado de improviso con tal ímpetu, que todos se dieron á una precipitada fuga, en la cual el caballo de Gaspar, desviándose del camino se precipitó en un pozo seco; y observándolo uno de los enemigos que le seguían, se acercó al dicho pozo que era de poca profundidad, y con su pica le dió un golpe tan fuerte en la cabeza que pensó dejarle muerto, y efectivamente le abrió en ella una herida mortal. Viéndose Gaspar solo, oprimido del caballo, mortalmente herido y destituido de todo socorro humano, acudió con mucho fervor á nuestra Señora de los Desamparados, é hizo voto de ser religioso de la orden de S. Francisco de Paula, si escapase vivo de aquel peligro.

Apenas habia hecho este voto, cuando de improviso fué socorrido de sus compañeros, los cuales sacándole del pozo le llevaron al hospital, donde contra la esperanza de todos sanó de su herida, y obtenida su licencia, se restituyó á Valencia, donde en cumplimiento del referido voto á los 17 de junio de 1560 tomó el sagrado hábito de dicho patriarca en el convento de los padres Mínimos, llamado vulgarmente de S. Sebastian, situado fuera de los muros de la ciudad, teniendo treinta años de edad; y habiendo cumplido con admirable fervor el año de su noviciado á los 17 de junio de 1561 hizo la solemne profesion en la iglesia de dicho convento; y aunque en aquellos tiempos no permitían los superiores de la provincia á los jóvenes religiosos subir á las órdenes mayores

hasta pasados á lo menos dos años despues de su profesion, el fervor extraordinario y virtudes eminentes de Gaspar merecieron se hiciese á su favor una escepcion de aquella general costumbre; de manera que despues de diez y ocho meses de su profesion fué ordenado de presbítero y celebró su primera misa con indecible consuelo de su alma. Penetrado profundamente de la santidad del estado de sacerdote en que se veia constituido, se propuso un nuevo método de vida exactamente conforme á las constituciones de su rígido instituto, y á los ápices de las mas severas leyes canónicas. Era puntualísimo á todos los actos de comunidad, y siempre el primero á entrar y el último á salir del coro. Rezados allí los maitines despues de media noche en compañía de los religiosos, perseveraba por muchas horas en el mismo lugar delante de una imágen de Cristo crucificado, todo absorto en la contemplacion, y tomaba allí mismo tan rigurosas disciplinas, que á la mañana siguiente veían los religiosos salpicadas de sangre las paredes y el suelo. Se retiraba despues á su celda á dar un brevisimo descanso á sus macerados miembros, y volvía otra vez al coro á rezar prima y tercia con la comunidad, y persistía en él preparándose muy despacio para el santo sacrificio, que celebraba todos los días con indecible recogimiento y fervor, precediendo siempre la confesion sacramental. Recogiase despues á dar gracias en el oratorio de la sacristia, hasta que llegaba la hora de volver al coro para asistir á sexta, nona y á la misa conventual, y permanecía allí hasta el toque de refectorio. Volvía á su tiempo á cantar las visperas con la comunidad, y despues de haberlas cantado se detenía en el coro á lo menos por espacio de una hora: jamás salía del convento, sino para ganar el jubileo en alguna iglesia, ó para visitar algunos enfermos en el hospital ó en sus casas particulares, ó cuando la obediencia le destinaba por compañero de otro religioso. Todo el tiempo que le quedaba libre, lo empleaba en la leccion de algun libro espiritual, que siempre traía consigo. Estos ejercicios, el rezar el oficio de la Virgen y de los difuntos, el repetir himnos y oraciones jaculatorias, ó el pasar el santo rosario eran todas sus recreaciones. Tal fué el sistema de vida que adoptó Gaspar desde su sacerdocio y que observó constantemente por mas de cuarenta años, no solo siendo súbdito, sino tambien siendo superior y prelado.

En este cargo, que forzado de la obediencia ejerció muchos años, ya en calidad de corrector ó de colega, ya en la de vicario provincial y de provincial en propiedad, se portó siempre con tal zelo, caridad, discrecion y dulzura, que con grandes ventajas de la orden logró mantener en su vigor y promover felizmente

la disciplina regular. Su ejemplo era para todos el mas eficaz estímulo á la observancia. Aun cuando se hallaba cargado de años y de enfermedades, era siempre el primero á todos los actos de comunidad y el mas puntual en el cumplimiento de todas las reglas y costumbres de la órden. Añadia al buen ejemplo las amonestaciones, reprensiones y tal vez el castigo de las faltas; pero templaba de tal modo la aspereza con la suavidad, que los delinquentes léjos de darse por agraviados, le quedaban obligadísimos, y se sentian muy movidos á enmendarse. En cierta ocasion cerciorado de la falta cometida por un novicio, le llamó á su presencia, y despues de haberle representado afectuosamente la gravedad de su culpa, se desnudó las espaldas y tomó una furiosa disciplina, diciendo entre tanto al culpable con sentimiento de profunda humildad: *Yo, yo soy el digno de este severo castigo, por no haberos reprendido y corregido á su tiempo, como debia.* Tal vez despues de haber experimentado ineficaces sus correcciones con algun delincuente, se postraba á sus pies, y deshecho en amargo llanto con un Crucifijo en la mano le rogaba por amor de aquel Señor mejorase su vida. Cierta mañana, habiendo vuelto demasiado tarde al convento un lector de filosofia, y entrado al refectorio á tiempo que la comunidad estaba ya para levantarse de la mesa, Gaspar, que era superior, le dió una pública reprension; pero poco despues acercándose al culpado, mientras éste acababa de comer, le dijo con singular agrado: *Padre lector, perdone por amor de Dios: bien sabe aquel Señor que escudriña los corazones, que la correccion que poco ha le he hecho en público, no ha nacido sino del zelo y amor que profeso á V. R.: considere que ha tenido ocasion de adquirirse un gran mérito para con Dios, llevando con paciencia la pública reprension de un hombre idiota y pecador cual soy yo:* dejando con esto al lector compungido, contento y edificado. Mientras era corrector, recorria por tres veces cada noche todo el convento y abria las celdas para ver si se guardaba el silencio y todo lo demás mandado por la regla en aquellas horas; sin querer escusar esta diligencia, ni aun la noche inmediata al dia en que tomaba posesion de dicho oficio, no obstante de que los nuevos superiores acostumbraban en estas ocasiones dispensar en la ley del silencio. En los capitulos vulgarmente dichos de *culpas*, exhortaba á los religiosos con tal fervor y eficacia á la fiel observancia del santo instituto, que las mas veces se veia obligado á interrumpir el discurso por la abundancia de las lágrimas. Cuando alguno de sus súbditos enfermaba, lo visitaba tres ó cuatro veces al dia, le servia y regalaba, y lo recomendaba apretadísimamente á los médicos y enfer-

meros, mandando no se perdonase á gasto alguno para la curacion de los enfermos, aunque fuese necesario vender los muebles de la casa. Cuando en calidad de provincial visitaba los conventos, jamás permitió se le hiciese otro tratamiento, que el que suele hacer la comunidad al infimo oblató de ella.

No dejó Dios de probar y acrisolar mas y mas la virtud de su amado siervo con el fuego de las tribulaciones. Padeció Gaspar el mal de gota y de retencion de orina; y á estos dos graves achaques se añadieron en lo sucesivo frecuentes calenturas y una enorme hernia intestinal, cuyas acres materias se abrieron puerta por tres ó cuatro partes al rededor formando otras tantas llagas, que irritadas de la continua destilacion de la orina no podian menos de causarle los mas vehementes dolores. En medio de tantas y tan largas penas jamás dió la menor seña de perturbacion ni de queja; jamás interrumpió su asistencia al coro, al confesonario y á todos los actos de comunidad, tanto de dia como de noche: á veces no pudiendo tenerse casi en pié andaba como arrastrando, apoyada la una mano en un báculo y la otra en la pared. En lo mas acerbo de sus males todo su alivio y desahogo era pronunciar los dulces nombres de Jesus, Maria, José, ó de otros santos sus especiales abogados, añadiendo tal vez: *sea todo por amor de Dios.* Héroe igualmente de la honestidad que de la paciencia, nunca pudieron rendirle los vivísimos dolores con que le atormentaba la hernia, á que la espusiese á los ojos ni á las manos de ningun médico ó cirujano. Aun resplandeció mas su paciencia invicta entre las injurias y ultrajes que se hicieron á su persona, que entre sus grandes acerbos dolores. Siendo corrector del convento de Alaquás le pidió el provincial una bota de vino para el convento de S. Sebastian de Valencia; respondióle atentamente el siervo de Dios, que no podia en esto complacerle, por ser en notorio perjuicio de su comunidad, como así lo sentia la consulta de los religiosos del convento. Irritado de esta negativa el provincial, fué al convento de Alaquás, juntó capítulo, y en presencia de toda la comunidad le mandó postrarse á sus pies, y lleno de enojo le trató de insensato, desobediente, malicioso, soberbio, y llegó hasta el atentado de mandarle tomar allí mismo una disciplina. El santo viejo y corrector no solo escuchó la impetuosa invectiva con ánimo tranquilo, y sin proferir la menor palabra en su defensa, sino que besó las disciplinas, se desnudó las espaldas, y descargó sobre ellas ferrosísimos golpes. Acabado este acto se acercó Gaspar á su inicuo juez, le dió gracias por la correccion y castigo, y le suplicó le admitiese la renuncia del oficio de corrector, del cual se reconocia

indigno; como en efecto se la aceptó el apasionado provincial. Queriendo despues los religiosos hacer contra éste algun recurso, el Beato los detuvo, rogándolos guardasen un perpetuo silencio sobre aquel caso; y tomando del agravio recibido la venganza que suelen tomar los santos, habiendo venido á Valencia el padre general, para castigar al provincial, y deponerle de su oficio, el Beato le rogó eficazmente disimulase aquel caso. Y siendo despues elegido el mismo Beato provincial de Valencia, colmo de atenciones y de beneficios al dicho su antecesor provincial. Otra vez siendo el Beato provincial, y hallándose enfermo en cama en Alaguás, el corrector de aquel convento entrando descomedidamente en su celda, empezó á gritar contra cierta providencia muy razonable y fácil de ejecutar, dada por el santo superior, tachándola de injusta y extravagante. Acudieron á los gritos algunos religiosos, delante de los cuales el corrector mucho mas encendido de cólera trató al buen viejo de inconsiderado, malicioso, bárbaro y le cargó de otros mil improperios. Gaspar bien léjos de alterarse, se arrodilló como pudo sobre la cama y con las manos juntas por tres veces le repitió benignamente: *Padre mio, por amor de Dios y de su santísima Madre que me perdone*; añadiendo que le daba las gracias por haberle dicho con claridad quien era. Al fin cayendo en la cuenta el desatento corrector y confundido de tanta humildad y paciencia de su provincial, corrió tras los demás religiosos á besarle la mano, y al empezar á pedirle perdon, le interrumpió luego el Beato con estas humildes y afectuosas palabras: *Padre mio, no hay para que disculparse conmigo, ni yo tengo de que perdonarle; me ha dicho la pura verdad.*

Lo que hace á un religioso perfecto en su estado es el cumplimiento exacto de los votos de su religion, y en esta parte fue Gaspar verdaderamente admirable; y empezando por la pobreza la practicó el Beato con tal rigor, que jamás quiso administrar, ni aun tocar moneda alguna cualquiera que fuese. En sus viajes y en los gastos, que por razon de sus oficios debia hacer, se servia de un oblato para entregar y recibir dinero; y esto con tal parsimonia, que una vez habiéndole las lluvias precisado á detenerse dos dias en un meson, mientras visitaba los conventos como provincial, le faltó el dinero para pagar la posada, y hubo de dejar en prenda al mesonero un lienzo de Maria Santísima que traía para el convento de la Puebla del Duque. Cuando murió no se halló en su celda alhaja que valiese dos reales. Decia que no observan la pobreza evangélica aquellos á quienes nada falta de lo preciso en vestido y alimento, y que es un grande defecto

en un religioso no querer carecer de ninguna cosa necesaria. Por lo que toca al voto de castidad, á mas de lo que se ha dicho de su extremo recato, consta por el testimonio de los que le trataron familiarmente y de los sacerdotes que le confesaron, que no amancilló en toda su vida con culpa alguna grave el candor de su virginal pureza. Huyó siempre el visitar y tratar familiarmente con mujeres, aunque fuesen parientas suyas muy cercanas. Muchos testigos depusieron en los procesos hechos para su beatificación, que solo al observar la modestia de su rostro, ú oír su celestial conversacion sentian arder su pecho en el amor de la castidad. En cuanto á la obediencia la ejerció en tal grado que una leve insinuacion ó un solo gesto del superior bastaba para hacerle abrazar las cosas mas repugnantes á su inclinacion. En todas sus empresas y hasta en las acciones mas ligeras y menudas se gobernaba por la voluntad de sus superiores. No solo obedecia puntualmente á éstos sino tambien á los inferiores, particularmente en todo aquello de que estaban respectivamente encargados; de manera que luego que el novicio ó el sacristan le avisaban para decir misa, ó para confesar, ó que la campana lo llamase á otro acto, no habia ocupacion por grave que fuese, que no la dejase para cumplir con la obediencia. Nombrado que fué provincial, no habiendo podido lograr con reiteradas súplicas del padre general que le admitiese la renuncia de dicho oficio, eligió á su confesor por su superior inmediato, rogándole encarecidamente le corrigiese y dirigiese como si fuera el último novicio, y nunca sin su licencia comulgó en su última prolija enfermedad. Por fin fué tal su exactitud en el cumplimiento del cuarto voto de vida cuadragesimal, que despues de su muerte los religiosos, los médicos y criados del convento de S. Sebastian, en que tomó el hábito, vivió lo mas del tiempo y finalmente murió, pudieron deponer con juramento, que en todo el tiempo que vivió en la religion, solo en los últimos dias de su vida y obligado de la obediencia, consintió en gustar la carne; y lo que causa mayor asombro es, que declararon ellos mismos, que jamás le advirtieron la mas mínima inobservancia en la regla, ni por sus continuas enfermedades y dolores, ni por su grado de provincial, ni por la edad de septuagenario: cosa ciertamente fácil de decirse, pero difícil de practicarse, sino por quien esté poseido como Gaspar del espíritu de una sublime mortificación y penitencia.

Todos los dias tomaba tan rigurosas disciplinas, que su inocente cuerpo quedaba bañado en sangre; traía continuamente un cilicio de cerdas anudadas, no dormia sino dos ó tres horas echado sobre el duro suelo ó sobre las desnudas tablas; sus ayunos

eran casi perpetuos, y ordinariamente á pan y agua. En las muchas enfermedades que padeci6, no queria desnudarse la túnica de lana, ni comer carne como se ha dicho. Hallándose postrado en la cama en el dia del viernes santo de resultas de su última enfermedad que habia seis meses padecia, y viendo que no podia asistir á la disciplina de la comunidad, se arrodill6 como pudo sobre la cama delante una imagen de Jesucristo, y tomando las disciplinas, se di6 con ellas tan desapiadados golpes, que oyéndolos desde el corredor el P. Crist6bal Ariño, entr6 en la celda del Beato y vi6 que la sangre le corria por todas sus espaldas. Los religiosos que vivieron mas tiempo con él, atestiguan unánimes no haberle visto jamás salir del convento por sola recreacion, ni salir aun de la celda para pasearse por el huerto, claustros 6 dormitorios, 6 para visitar algun enfermo. La caridad, que es el alma de todas las otras virtudes, ocupaba enteramente el corazon de Gaspar: no sabia pensar sino en Dios; le miraba presente con los ojos de la fe en todas las criaturas, y todas sus acciones dirigia á él, procurando en todas su mayor gloria; por lo que las ocupaciones esteriore, lejos de distraerle su interior recogimiento, le servian como de gradas para elevarse á Dios. De aquí provino el prolongar tanto su oracion en el coro, donde varios religiosos le vieron algunas veces elevado de la tierra por espacio de una buena hora, inm6bil, y sin dar mas señas de vida que las ardientes lágrimas y suspiros que de cuando en cuando echaba. Entrando una vez el P. Pedro Perez sub-sacristan, para tocar á maitines, al abrir la puerta vi6 el coro lleno de una luz y resplandor tan grande, que qued6 inm6bil y como ciego, hasta que cesando la iluminacion advirti6 que estaba allí arrodillado el beato Gaspar, quien levantándose, le mand6 con precepto de obediencia, pues era entonces superior, que de ningun modo revelase á nadie lo que acababa de sucederle.

La misma caridad que le tenia tan unido con Dios, le hacia amar con indecible ternura á sus prójimos. Se derretia en lágrimas al ver las necesidades de los pobres. En todos los conventos en que fué corrector, su primer cuidado fué ordenar al dispensero diese limosna á todos los pobres que llegasen á pedirla á la porteria. Todos los dias despues de prima y de tercia bajaba á la cocina para ver como se preparaba la olla para los pobres y decia al dispensero: «Carisimo hermano, mientras haya pan en el convento no dejéis de dar limosna; porque si sois remiso en esta parte, me dareis la mayor pesadumbre, y seria una gran desgracia para el convento, que llegase un pobre y se fuese des-

consolado, sin haber recibido ningun socorro.» En los dias mas solemnes mandaba hacer mayor limosna á los mendigos, diciendo que siendo los religiosos mejor tratados en aquella solemnidad, era razon lo fuesen tambien los pobrecitos. Cierta dia siendo corrector de Alaquás, en un año de gran miseria, se junt6 á la puerta del convento tal multitud de gentes acosadas de la hambre, que enternecido el santo superior mand6 se les distribuyese todo el pan que habia en la casa. Llegada la hora de ir al refectorio, el dispensero todo turbado le represent6, que no habia quedado pan sino para tres 6 cuatro personas, siendo veinte los conventuales, sin contar la gente de servicio. Sin embargo el Beato le mand6 hiciese la acostumbrada señal con la campanilla, y llegada la comunidad al refectorio, lleno de confianza en la divina Providencia, bendijo cuatro panecillos, y repartiéndolos á pedazos, los multiplic6 Dios de manera, que no solo quedaron satisfechos los religiosos y los familiares del convento, sino que sobr6 aun bastante cantidad de pan, para que brillase mas la fe y la caridad de su siervo. Por mas que honrase el Señor á Gaspar con semejantes maravillas y con los dones sobrenaturales de profecia y de curar las enfermedades, los cuales le hacian venerar de los hombres como á un santo; fué sin embargo tan profunda su humildad, que puede decirse fué esta su característica virtud. Reputábase por un gran pecador indigno del hábito que vestia: nada veia en si de bueno. Sus ligeros defectos que él graduaba de gravísimas culpas, le tenian á todas horas tan afligido, lloroso y sobresaltado, que no le dejaban tomar el sueño. A la hora de la muerte rog6 al corrector y á otros padres: «que no le enterrasen en la sepultura de los religiosos, donde estaban sepultados tantos santos, sino en el lugar mas vil y despreciable del convento; y si era posible que le arrojasen á un muladar á modo de una bestia; pues en verdad él no habia sido propiamente otra cosa, y en el curso de su vida habia ofendido á Dios desenfrenadamente.» Hacia gala de publicar la bajeza y oscuridad de su familia y sus naturales defectos. Cuando algunos personajes de alta esfera iban á consultarle en sus graves negocios, luego se des- embarazaba diciéndoles: «Consultad con hombres doctos, y dejadme estar á mi miserable, ignorante y tartamudo, que no hago poco de entenderme con mi breviario.» Siendo provincial no quiso admitir el religioso que se le habia destinado para su servicio; sino que á pesar de su grado, de sus achaques y de su edad de mas de setenta años, él mismo barria su celda y bajaba con el cántaro á buscar el agua que necesitaba. A los que le importunaban para que les permitiese servirle en alguna cosa, diciéndole

que así convenia á la autoridad de su oficio de provincial, respondia que no necesitaba de ningun servicio, y agradeciéndoles la atencion, añadia: «¿Qué provincial? ¿qué provincial? ¿por qué no mas bien polvo y nada? vanidad, vanidad! váyase, hermano, y otra vez no tome la incomodidad de entrar en mi celda por semejante motivo, porque ciertamente me causará disgusto y pesadumbre.» Se acercaba ya el tiempo en que Dios queria premiar á su fiel siervo sus heróicas virtudes con la posesion de su gloria, y para purificar mas su alma y darle ocasion de atesorar mayores merecimientos, le envió una enfermedad que le tuvo postrado nueve meses en la cama. Sufrió el siervo de Dios con invencible paciencia esta larga enfermedad. Previo y vaticinó con toda claridad el dia y hora de su muerte, y despues de haber recibido con singular devocion, y derramando copiosas lágrimas, los santos sacramentos, al acercarse el momento de su feliz tránsito, se hizo leer la pasion de Jesucristo segun la escribió el glorioso S. Juan, y al tiempo que el religioso que la leia, pronunciaba aquellas palabras: *Padre, en vuestras manos encomiendo mi espíritu*, las repitió Gaspar con voz tierna e inteligible, y abiertos y fijos los ojos en un santo Crucifijo, placidamente rindió su inocente alma en manos de su Criador á 11 de julio de 1604, en edad de setenta y tres años.

Ha manifestado Dios al mundo la eminente santidad de su siervo, obrando muchos milagros por su intercesion, de los cuales solo referiremos los tres, que fueron aprobados por la santidad de Pio VI para su beatificacion, celebrada á 10 de setiembre de 1786.

Antonio de Guilla, cirujano habilísimo de la ciudad de Valencia, á principios de abril de 1624 fué acometido de una calentura que le obligó á estar en cama toda la semana santa; pareciéndole el viernes santo, que se habia desvanecido, quiso levantarse la mañana del sábado, pero apenas empezó á vestirse, cuando le sorprendió un dolor espasmódico y maligno humor que acometiéndole al principio por el lado del pié izquierdo, en breve llegó hasta debajo de la rodilla. El enfermo, los médicos y cirujanos que le visitaron creyeron que aquel mal era una gangrena, que en breve si no se atajaba le quitaria la vida, por lo que resolvieron cortarle la pierna, dudando mucho que esta dolorosa operacion le produjese ningun beneficio. En este lastimoso estado recibió Antonio los sacramentos de la Iglesia, y estando con un Crucifijo en las manos esperando que llegase la muerte, mandó le trajesen un retrato del Beato que tenia en otra pieza: luego que le tuvo presente, se encomendó á él con tal fervor y feliz

efecto, que al momento observó que se desvanecia toda la fluencia del humor maligno, y que la pierna se volvía á su color y estado natural; de suerte que pasados los tres dias de Pascua salió de casa á dar gracias á su libertador, y continuar el ejercicio de su facultad, sin sentir la menor incomodidad.

El segundo sucedió con Fr. Gabriel Morellon, lego profeso en el convento de Mínimos de Valencia, de edad de treinta y dos años: enfermó este religioso en el año 1602, de una aguda calentura, acompañada de un furioso delirio; desvaneciéndose despues la calentura, pero quedóle el delirio, y pasó á estar tan poseído de la furia, que no conocia á ninguno de los hermanos del convento; despedazaba los hábitos y cuanto podia alcanzar con las manos: todas las diligencias que se hicieron para su remedio por mucho tiempo, ya en el convento, ya en el hospital general de Valencia fueron inútiles; por lo cual fué preciso tenerle atado en una estancia del mismo convento. Agitado un dia de un extraordinario furor rompió las ataduras, salió de la estancia y alborotado fué corriendo hácia la huerta. Fué al alcance Fr. Mateo Villacañas, que no queria creer en los milagros que Dios obraba por intercesion de Gaspar poco antes difunto, y andaba todos los dias con disputas sobre esto con los demás religiosos; el cual habiéndole alcanzado, á fuerza de golpes le condujo al sepulcro del Beato, y haciéndole poner la cabeza en una ventanilla del mismo, le dijo: Mentecato, haz oracion y dile al P. Bono que te cure, sino yo no quiero creer que sea santo; y luego añadió: P. Bono, si quereis que crea que sois santo, sanad este loco, y pues dicen que haceis milagros, razon será que los hagais tambien dentro de vuestra propia casa. Dicho esto se fué, dejando arrodillado allí al loco, quien despues de haber permanecido allí cuatro ó cinco minutos como en acto de orar, se levantó sin furor manso y sano, conoció y nombró uno por uno á los religiosos, besó la mano á los sacerdotes, visitó devolamente los altares, y al dia siguiente por dictámen del médico se confesó, ayudó misa, comulgó en ella y volvió á los ejercicios de su estado, conservándose cuerdo en todo el resto de su vida, y con mayor juicio que antes de perderle.

El tercero acaeció en la ciudad de Nápoles á 16 de agosto de 1723. D.<sup>a</sup> Francisca Antonia Coppola, baronesa de Masa, de edad de setenta años, padecia esta dama unas calenturas malignas: todo su cuerpo estaba lleno de parótidas, con un tumor durísimo, que se la habia formado en el cuello y partes inferiores del útero, y la habia roto notablemente el intestino recto, donde la quedó una llaga mortal. Estos males la habian reducido al es-

tremo de la vida; de suerte que desahuciada de los médicos, recibidos los sacramentos tenia ya aplicada la indulgencia plenaria para la última hora. En este estado por consejo de un religioso mínimo se encomendó con mucho fervor al beato Bono, suplicándole la alcanzase de Dios la salud, si habia de ser para mayor gloria suya. Terminada la súplica la sobrevino un apacible y tranquilo sueño, y á la mañana del dia siguiente se halló enteramente sana y sin la menor señal de los males que habia padecido.

#### LOS SANTOS PROFETAS OSEAS Y AGGEO.

**O**SEAS, que segun S. Isidoro significa *salvador*, el primero de los doce profetas *menores*, llamados así por ser muy breves los escritos que nos dejaron, fué hijo de Beerí de la tribu de Isachar y nació en Belemoth. Profetizó casi por un siglo entero en los tiempos de los reyes de Judá, Osías, Joathán, Acház, y Ezechías, y de Jeroboán II, rey de Israel. En el principio de su profecía dice que le mandó Dios que se casase con una pública ramera con el objeto de representar la infidelidad de la casa de Israel que habia abandonado al Dios verdadero para prostituirse al culto de los ídolos. Obedeció el profeta y casó con Gomer, hija de Debelaím, y de ella tuvo dos hijos y una hija, á los cuales por mandado de Dios puso estos nombres: al primer hijo llamó Jezaél; á la hija llamó Sin misericordia; y al segundo hijo No pueblo mio: nombres todos que significaban lo que debia acontecer al pueblo de Israel. Pretenden algunos, considerando lo extraordinario de lo mandado por Dios á este profeta, que todo esto no fué mas que una vision; creen otros que *mujer ramera* significa en esta profecía lo mismo que *mujer idólatra*, como que la idolatría se llama en la Escritura fornicacion, adulterio, etc.; pero comunmente los Padres é Intérpretes son de sentir que todo ello pasó como aquí se refiere, y que no hay cosa desordenada cuando Dios lo manda, como verdaderamente no la hay en que le ordenára tomar por legítima mujer á una que habia sido ramera, y mucho menos si ya ella se hubiese antes enmendado. Las profecías de Oseas escritas en catorce capítulos miran á dos puntos principales, esto es, á la Ley y al Evangelio. En el primero anuncia la reprobacion del pueblo judío: «Los hijos de Israel, esclama, estarán largo tiempo sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin altares y sin ministros.» En el segundo promete la conversion de los gentiles, diciendo: «Pero en vez de ellos, yo haré alianza con una nueva esposa: me moveré á misericordia para con aquella de quien no habia

tenido misericordia; y á aquel á quien dije: tú no eres mi pueblo, le he de decir: tú eres mi pueblo; y él me dirá: tú eres mi Dios.» El estilo de este profeta es patético y lleno de sentencias cortas y vivas, sumamente elocuente en ciertos pasajes, y algo oscuro á veces, porque ignoramos los sucesos á que se refiere. Murió en paz y fué sepultado en su propia tierra en el año 3340 de la creacion. Oseas fué contemporáneo de Isaías, de Abdías, de Amós, de Jonás, y de Micheas. Nombra S. Pablo á Oseas en la carta que escribió á los romanos y la Iglesia católica usa de su profecía en las lecciones de la dominica cuarta de noviembre y en la feria segunda.

**AGGEO**, que se interpreta *alegre, regocijado*, comunmente se cree haber nacido en Babilonia, durante la cautividad de los judíos, unos quinientos años antes de la venida de Jesucristo, y probablemente fué de la tribu de Leví, por cuanto S. Isidoro, Epifanio y Dorotheo dicen que fué enterrado en el sepulcro de los sacerdotes. Volvió á la Judea con Zorobabél y profetizó el año segundo de Darío, hijo de Hystaspes, á los judíos que volvieron del cautiverio. Fué este solo el que con Daniel, Zacharias y Malachías alcanzó la libertad que Ciro concedió á los judíos; y en estos profetas quiso el Señor que cesase enteramente la profecía en su pueblo hasta la venida de Jesucristo; y por esto hablaron ya con mayor claridad, y parece que señalaban con el dedo al Mesías. Aggeo comenzó á profetizar dos meses antes que Zacharias, y exhortó al pueblo á reedificar el templo, prometiéndole que Dios le haria mas célebre y glorioso que el primero, no con la abundancia de oro y plata, sino con la presencia del Mesías. Fué el primero que en el templo cantó *Aleluya*, cántico de alegría en loor de Dios. Murió Aggeo en Jerusalem, á los cincuenta años de la vuelta del pueblo á aquella ciudad, año de la creacion 3479, y es otro de los doce profetas menores, ocupando el décimo lugar. Usa la Iglesia católica de la profecía de Aggeo comprendida en dos capítulos, en las lecciones de los maitines de la feria quinta en la dominica quinta de noviembre.

*La misa es en honor de S. Laureano, y la oracion la que sigue:*

Concedenos, ó Dios omnipotente, que con motivo de la venerable solemnidad del bienaventurado S. Laureano, tu confesor y pontífice, se aumente en nosotros la virtud y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor, etc.